

# El profesor Mariano Aramburo

0000062

Es nuestro huésped el doctor Mariano Aramburo, que profesa en la Universidad de La Habana la cátedra de Derecho civil. No precisa el eminente cubano elogios ni presentaciones. Es de esos hombres de alcurnia que surcan la vida destacados por su propio mérito. Tampoco es ajeno a nuestro medio cultural: en sus años de mocedad lejana estudió en las aulas españolas, y algunos de los profesores que hoy decoran la casa de estudios madrileña le ha reconocido por condiscípulo, y él, a su vez, ha recordado en los más ancianos maestros inolvidables.

La Facultad de Derecho le abrió ahora sus puertas con ademán sencillo, y el catedrático habanero respondió con llaneza a la solicitud. Por ser como es, la Universidad no quiso engalanarse ni requirió presencia de elementos oficiales. Estuvimos los de casa y le recibimos como perteneciente a ella.

Yo sé que así cumplimos mejor su voluntad. Es Mariano Aramburo un solitario. Demasiado erecto, su dorso no se curva ante la lisonja o la amenaza; demasiado imparcial, su juicio no se tuerce ante la amistad o el deseo proselitista. Hombre de ideas científicamente conservadoras, ha reconocido la valía de las doctrinas opuestas y ha condenado sin paliativo las interpretaciones acomodaticias del ideario derechista. En sus trabajos emerge esa independiente manera que hace de sus libros espejo de realidades.

Su más considerable obra es el «Tratado de la Filosofía del Derecho», cuyo tomo primero ya circula y cuyos volúmenes posteriores tienen fresca la tinta de imprenta. Libro documentado y armónico, denuncia al estudioso desapasionado y sincero. La conferencia que ofreció en nuestras aulas fué primicia de uno de los más sugestivos pasajes de su obra.

Ante este hombre consagrado a la empresa científica me sobrecoge profunda emoción admirativa. Los que no conocen América no podrán comprender cuanto hay de heroico en su conducta. El nuevo continente encierra países de extrema juventud en continua batalla, en los que es difícil substraerse al imperio del ambiente. El carácter expeditivo y excesivamente pragmático de los americanos, unido a la gran facilidad pa-

ra ganar fuertes sumas y para invertirlos, hace que las gentes de carrera se enrolen en la política militante o consagren su esfuerzo al ejercicio profesional. Por ello, las disciplinas poco propicias al logro económico están desiertas de cultivadores. Aramburo, que, como he dicho, profesa en la Universidad habanera una cátedra de Derecho civil, no aprovechó su puesto visible para levantar un bufete de altos rendimientos, y se encierra en el recoleto gabinete de estudio para explotar los arduos problemas de la Filosofía jurídica, que hasta hace poco no se enseñaba en las aulas cubanas. Quien así renuncia a fáciles conquistas materiales y pisa ásperas sendas en que el esfuerzo no obtiene premios crematísticos merece la más superlativa admiración.

La nacionalidad del visitante brinda coyuntura propicia para redoblar, una vez más, el tambor hispanoamericanista. Por mi parte, quiero también batir el parche; pero con toque de atención y apartándome radicalmente de los usaderos moldes. España ha saltado con insólita brusquedad de una postura rencorosa e incomprendiva con los pueblos de América a una actitud de zalemas y halagos desmedidos. Es un hipo lacrimoso de pobre implorante que adula al pariente rico. De esta conducta poco activa me he lamentado ya públicamente. En estos días podrá transitar por España un europeo conspicuo sin que le coreen diarios e institutos científicos. Pero si es un personaje que ostenta nacionalidad cubana, argentina, chilena u otra cualquiera de país iberoamericano se desempolvan los platillos y las trompetas de la fama para verter sobre el «huésped fraternal» todo el manido catálogo de ditirambos al uso.

En esta hora me ha parecido inevitable desnudar a la verdad de sus ropajes políticos. La Universidad madrileña, que levantó en el unívoco íntimo de Mariano Aramburo recuerdos dormidos de la pretérita mocedad, no le sentó una tarde en su cátedra como cubano, no tomó su persona como pretexto para hacer política hispanocubana. Brindóle el sillón profesoral, porque es, en su patria, una autoridad en las disciplinas que profesa con tanto entusiasmo y desinterés.

LUIS JIMENEZ DE ASUA

PATRIMONIO  
DOCUMENTALOFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

*La Libertad  
Madrid Nov. 4/2*